

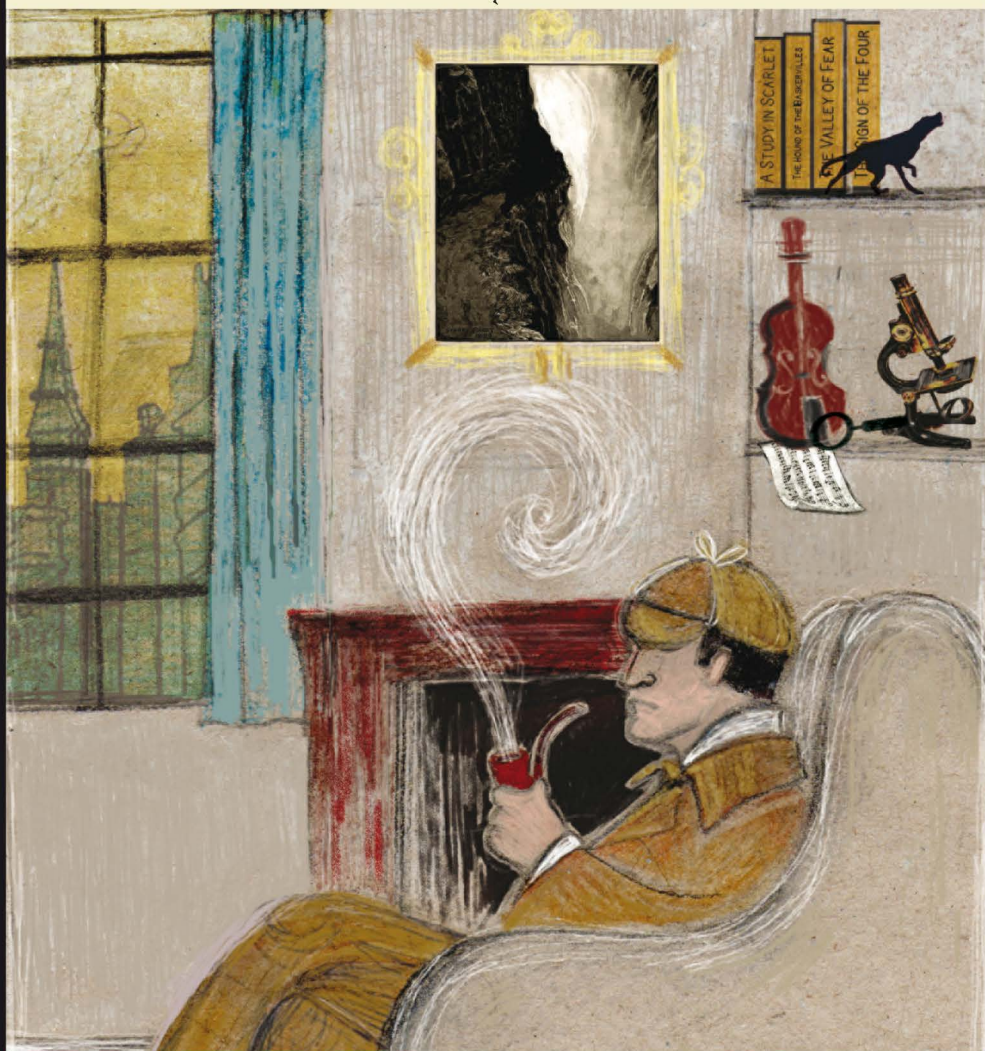
Archivos secretos de Sherlock Holmes

Edición de David Felipe Arranz

GRANDES CLÁSICOS



FUNAMBULISTA



El sueño de Billy Wilder o Guy Ritchie publicado
anónimamente en vida de Conan Doyle



Archivos secretos de Sherlock Holmes

LA HIJA DEL USURERO

UN PROCESO MONSTRUO

—No llore, testigo... Tranquilícese y responda a mi pregunta. ¿Es usted realmente la señora Arabella, esposa del señor Phineas Aberdeen?

—Soy su segunda mujer —contestó, conteniendo con pena las lágrimas, la bella y esbelta persona a quien se dirigía el juez—. El señor Phineas Aberdeen se unió a mí el 7 de octubre de 1890. Nos desposamos en Londres.

—Es pues, desde hace dos años, la esposa del señor Aberdeen —dijo el juez hojeando un legajo que tenía ante sí—. Muy bien. ¿Es usted, por consiguiente, la madrastra de la señorita Elisabeth, cuya misteriosa desaparición nos ocupa?

—Sí, soy su madrastra —replicó la testigo—. Pero jamás existieron entre madrastra e hijastra mejores relaciones que las que nos unían a nosotras dos.

—Lo sabemos, señora Arabella. Eso es lo que resulta del testimonio de los criados; hemos sabido también que la señorita

Elisabeth sintió inmediatamente por usted un gran afecto, y que usted fue a su vez para ella la madre que había perdido. Pues bien, tenga la bondad de facilitarnos todos los detalles que conozca relativos a la crítica jornada del 7 de mayo. Este es el día en que la señorita Elisabeth fue vista por última vez, tanto en su casa, por su padre, como en Londres. Desde entonces no se tiene de ella la menor noticia, y la acusación afirma que lord Rochester, que inútilmente había perseguido a la joven mucho tiempo con sus atenciones, es el autor del rapto.

A estas palabras del juez, las miradas de centenares de espectadores que se apretaban en la sala de audiencia se volvieron hacia un joven, alto, airoso, vestido con el mayor esmero.

Pálido y nervioso, estaba sentado, muy abatido, en el banco de los acusados.

No era el público habitual de las vistas de procesos el que se encontraba allí aquel día. Nunca anteriormente la vieja sala, adornada con los retratos de los principales reyes de Inglaterra, había visto concurrencia tan distinguida.

Numerosos pares de Inglaterra y otros miembros de la nobleza, diseminados en la sala, acompañados de sus mujeres, seguían con atención los debates. Se veía igualmente a muchos miembros de la burguesía que habían encontrado medio de proporcionarse un asiento.

Dos razones principales excitaban a todo Londres a seguir aquella causa con apasionado interés.

Era tanto la personalidad de lord Rochester la que despertaba aquella curiosidad como la reputación del señor Aberdeen, víctima, en resumen, de aquel extraño proceso.

El señor Phineas Aberdeen era, en efecto, un archimillonario que, de muy baja estirpe, había llegado rápidamente al pináculo de

la riqueza. No obstante, su manera de proceder no había escapado a la crítica. Tenía alguna reputación de usurero o, cuando menos, de un hombre de dinero que prestaba a crecido interés sumas considerables a jóvenes de la aristocracia.

Había adquirido así una inmensa fortuna, no sin haber atraído sobre su cabeza muchas maldiciones. Su camino estaba sembrado de víctimas, y la dureza con que el señor Phineas Aberdeen sabía recuperar el importe de las letras vencidas había impulsado al suicidio a muchos deudores.

El ser que más estimaba en el mundo y por el cual experimentaba un amor ciego era su hija Elisabeth. La había tenido de su primera mujer, muerta poco después del nacimiento de su vástago. Desde entonces, el señor Phineas Aberdeen había permanecido viudo durante quince largos años.

Aquel hombre, frío e inaccesible a la piedad, sentía estallar en su corazón el amor y la ternura cuando sus ojos se topaban con la imagen de su amada hija. Le consagraba todos sus momentos libres y, para huir del tumulto del mundo que le recordaba sus malas acciones, se refugiaba en la habitación de Elisabeth, como si hubiera querido confortarse en ella y despojarse de todo lo que había de bajo, de oscuro y de perverso en él.

Cuando Elisabeth llegó a los quince años, convertida ya en una jovencita encantadora, Phineas Aberdeen se casó de nuevo, para gran asombro de sus parientes y de las personas con las cuales estaba en relación. Su médico le había aconsejado un viaje por Suiza para calmar la sobreexcitación de los nervios y, a su regreso, trajo consigo a su nueva esposa.

La joven, igualmente inglesa, tenía treinta años menos que Phineas. Contaba veinticinco, mientras que el señor Aberdeen había llegado ya a sus cincuenta y cinco.

La unión fue feliz.

La señora Arabella parecía desconocer el lado desagradable del carácter de su marido. Admiraba en él al hombre de negocios eminente que había sabido acumular millones sin ayuda de nadie.

Sobre todo la ternura de que ella daba muestras hacia la joven Elisabeth le granjeaba la simpatía de los que frecuentaban la casa.

Dos años habían transcurrido desde el matrimonio, cuando el 7 de mayo de 1892 la señorita Elisabeth salió del domicilio paterno para ir al dentista. Se había dado cita en la antesala del doctor con la señora Arabella, que tenía algunos trámites que hacer.

Al dar las cinco, esta se encontraba en el punto de cita fijado, pero Elisabeth no había aparecido todavía en casa del doctor Coller. La señora Arabella, muy inquieta, telefoneó a su casa y supo con estupefacción que la joven no se encontraba tampoco allí.

Aguardó todavía durante una hora; regresó enseguida a su domicilio y, después de haber esperado en vano la vuelta de Elisabeth hasta las ocho, envió recados en todas direcciones para averiguar si la joven había modificado su itinerario o se había detenido en casa de algunos amigos.

En todas partes la respuesta fue negativa.

En ningún sitio se había visto a Elisabeth, nada se sabía de ella; por fin, el señor Phineas Aberdeen, terriblemente alarmado, se había visto obligado a dirigirse a las autoridades.

Provista de las señas exactas de la joven, la comisaría central comunicó a todas sus comisarías adjuntas la extraña desaparición y puso a todos sus agentes en movimiento.

Phineas Aberdeen pasó una noche horrible. Casi enloqueció al ver transcurrir las horas una tras otra sin que su amadísima hija reapareciera.

A la mañana siguiente, mientras se reanudaban las pesquisas, Phineas Aberdeen presentaba una denuncia contra lord Rochester, a quien acusaba de haber raptado por fuerza a la joven.

¿Por qué razón imputaba al joven lord de un crimen tan monstruoso?

Después de haber oído a los testigos, hubo que reconocer que las sospechas concebidas no carecían de fundamento.

Lord William Rochester, joven seductor y disoluto, había recurrido alguna vez, a causa de un apuro momentáneo, al señor Aberdeen, y había recibido de él las sumas pedidas contra letras aceptadas y libradas a elevados intereses.

Lord Rochester había tenido también ocasión de ir a casa del señor Aberdeen y de conocer a su hija Elisabeth. Sentía por ella cierta inclinación que no trató nunca de ocultar.

Elisabeth se había quejado a su padre de las atenciones del joven que, no contento con perseguirla en casa, la había abordado en la calle y le había propuesto, sin escrúpulo, raptarla.

Phineas Aberdeen se encolerizó al saber estos hechos y prohibió al disipado joven que volviera a poner los pies en su domicilio, rompiendo así todas las relaciones comerciales.

Algunos testigos afirmaron que se había visto al lord en los alrededores de la casa de Cannon Street el día de la desaparición.

Un panadero de la vecindad lo había visto aquella misma tarde en un coche cerrado que había estado detenido como media hora en las cercanías de Cannon Street y de King William Street.

Hacia las siete de la noche había desaparecido súbitamente.

Pero nada era aquel hecho en comparación con un descubrimiento proporcionado por un registro de los agentes de Policía en la habitación del lord.

Este, que negaba enérgicamente haber participado en el rapto de Elisabeth y afirmaba no haber visto a la joven desde hacía cuatro semanas, no pudo impedir que los detectives practicasen un registro en su domicilio.

Procediendo así, se descubrió en el tubo de la estufa del dormitorio un paquete de efectos que la joven llevaba el día de su desaparición.

Media hora más tarde lord Rochester era detenido.

La acusación contra él era formal; el proceso siguió su curso y en el momento en que damos inicio a este relato, el acusado, cuya culpabilidad no admitía sombra de duda para ninguno de sus amigos, aguardaba el juicio.

El presidente del tribunal se dirigió a la señora Arabella, cuya declaración, la última que debía prestarse, el fiscal general daba por descontada.

—¿Ha visto usted, señora Arabella Aberdeen, varias veces al acusado en casa de su marido?

—Sí, en distintas ocasiones —respondió la joven y seductora mujer.

—¿Lo sorprendió usted alguna vez hallándose en presencia de su hijastra?

—Ciertamente. Siempre que hablaba a Elisabeth me hallaba yo presente.

—¿Y cómo es que esos jóvenes podían frecuentarse? El lord no iba a casa de su marido más que para negocios, y, como nos lo indica el plano de la casa de Cannon Street, las oficinas se encuentran en el primer piso, y las habitaciones están situadas en el segundo y en el tercero.

—En efecto, señor presidente; pero los clientes de postín eran por lo general introducidos en uno de los salones del primer piso.

No habíamos tenido inconveniente en presentar al lord a nuestra hija. Además, se trataba solo de una entrevista sin consecuencias y más bien de una simple muestra de cortesía.

—¿No pasó nunca de aquí la cosa? —preguntó el presidente.

—Así fue, durante los primeros tiempos por lo menos; más tarde Elisabeth se quejó a su padre y a mí misma de que en determinadas ocasiones propicias el joven se había aproximado a ella con maneras equívocas.

—Aunque la moleste, señora Aberdeen, es preciso que me diga qué es lo que entiende por maneras equívocas. ¿Le ha hablado la señorita Elisabeth de un modo más concreto?

—Sí, lo ha hecho. Me refirió que el lord le había cogido las manos, tratando de atraerla hacia sí para besarla; ella se lo había impedido, defendiéndose enérgicamente.

—¡Bien! —dijo entonces el presidente dirigiéndose al joven lord—. ¿Ha oído el acusado lo que acaba de decir la autorizada palabra de la señora Aberdeen a propósito de sus relaciones con la señorita Elisabeth? ¿Niega la escena tal como acaba de ser descrita?

—No, señor presidente.

Tras estas palabras, se produjo un gran rumor en la sala. Era una prueba más que se añadía al haz de las ya acumuladas contra el acusado.

La señora Arabella continuó.

—Elisabeth me dijo más tarde que, en una ocasión en que paseaba por Hyde Park, se había visto sorprendida por la presencia del lord, quien se había empeñado en acompañarla hasta su casa. Esta vez le expuso con vehemencia toda su pasión, llegando a proponerle que se fugase con él.

—Tampoco niega esto el acusado, como resulta de las actuaciones —hizo notar el presidente—. Es extraño, lord Rochester no

niega estos hechos y protesta, sin embargo, enérgicamente contra la acusación. Ahora —añadió el presidente, dirigiendo la vista a los vestidos de mujer puestos sobre una mesita—, ¿podría la testigo reconocer la procedencia de estos elementos de prueba?

La sostenida mirada de violento odio que la señora Arabella Aberdeen lanzó en aquel momento al joven lord no escapó a nadie.

Se inclinó ligeramente sobre las prendas y, prorrumpiendo en llantos, exclamó:

—¡Dios es testigo de que todo cuanto aquí veo pertenece a Elisabeth, mi pobre hija desaparecida!

La esbelta y joven señora se tambaleó unos instantes, y el abogado de Phineas Aberdeen tuvo que acudir para recibirla en los brazos en el momento en que caía desvanecida.

—¡Un vaso de agua! —gritó a un ujier.

La sentó nuevamente en un sillón y, mientras el ujier le daba de beber, subió los escalones del estrado.

—En nombre de Phineas Aberdeen, mi cliente —dijo el abogado, uno de los miembros más eminentes del foro de Londres—, deseo dirigir algunas palabras al acusado. Pido permiso para ello al tribunal.

—Concedido, señor Potter —dijo el presidente.

—Bien, lord Rochester —interpeló el abogado—; en nombre de un padre infeliz, abatido desde hace cuatro semanas por la enfermedad y el pesar que le causa la desaparición de su hija, le ruego que devuelva la libertad a la infortunada. Indique el lugar en que la tiene secuestrada. En este caso el señor Phineas Aberdeen se compromete a retirar, en la medida de lo posible, la acusación formulada. El tribunal igualmente se sentirá inclinado a la indulgencia y será menos severo que si el crimen queda consumado. Milord, se trata aquí de la felicidad de toda una familia destruida por usted;

se trata de una existencia humana. Todo lo ocurrido hasta ahora es reparable; rompa ese silencio enigmático que opone a todas las pruebas alegadas en contra de usted. No le pedimos ninguna confesión penosa, ninguna humillación. Hasta comprendemos tal vez que, seducido por los encantos de la señorita Elisabeth Aberdeen, se haya dejado arrastrar a una acción que la ley y la moral reprueban. Nosotros también tenemos sentimientos humanos, pues no somos ni hipócritas ni sectarios, pero devuelva, milord, la hija a un padre desolado y la paz a toda una familia.

Vivos aplausos acogieron las vibrantes palabras del señor Potter.

La respuesta que el joven lord dio con voz tranquila y reposada fue un cruel desengaño para el público.

—Debo responder, señor Potter, que nada tengo que confesar de lo que no he cometido, y que no estoy en disposición de indicarle el lugar en que se encuentra la señorita Aberdeen, porque también yo lo ignoro. Si se ha cometido un crimen, no es solo contra la familia Aberdeen, sino también contra mí, que me encuentro hoy sentado en el banco de la infamia, como el último de los criminales.

El presidente invitó al jurado a retirarse para deliberar. Los testigos estaban agotados y los abogados habían terminado sus informes. El propio acusado acababa de hacer su declaración final.

Se encendieron las lámparas de la sala y los jurados se alejaron.

Al parecer, tomaron rápidamente una decisión y se pusieron al instante de acuerdo; poco tiempo después se abrieron las puertas de par en par y, en medio de la ansiedad febril de la multitud, entraron de nuevo en la sala los «doce ciudadanos honrados y leales».

El público se levantó. Es uso que la sentencia de los doce jurados sea escuchada en pie.

—¿El jurado ha llegado a un acuerdo? —preguntó con voz poderosa el presidente.

—Sí —respondió el presidente del jurado.

—Pregunto, pues, a «los doce ciudadanos honrados y leales»: ¿es culpable lord William Rochester de haber raptado con violencia a la señorita Elisabeth Aberdeen de la casa paterna? ¿Es culpable de ocultarla, muerta o viva, en algún lugar?

El presidente del jurado respondió en medio del solemne silencio que reinaba en la sala:

—Lord William es culpable.

—¡Deteneos! —gritó en aquel momento una voz fuerte y sonora—. Este joven es inocente, respondo de ello.

Al oírse aquellas palabras, estalló una tempestad cual nunca se había visto en la sala de la audiencia del Palacio de Justicia de Londres.

Parecía que el público quería derribar las barandillas de las galerías para llegar más pronto al estrado.

Los jueces, los abogados, los jurados, todos contemplaban con estupor al hombre alto, delgado, modestamente vestido que acababa de aparecer al pie del estrado y que exclamaba de nuevo con voz estridente en medio del general tumulto:

—Lord Rochester es inocente. Lo probaré dentro de tres días.

Y en la confusión de los gritos y del clamor que llenaban la sala, no se oyó más que un nombre articulado por todos los labios. Centenares de bocas lo pronunciaban, unos con admiración y entusiasmo, otros con desaprobación. Aquel nombre era el de un hombre tan célebre en Inglaterra como el mismo rey.

¡Sherlock Holmes!

Tranquilamente instalado en un rincón de la sala, había seguido el proceso desde la primera a la última fase; haciendo crujir

sus dedos, según costumbre, había escuchado con atención las palabras pronunciadas por los abogados, los testigos, los jueces y el acusado. Nadie lo había reconocido.

Para no verse importunado, Sherlock Holmes había disimulado su enjuta faz con una larga barba rubia; su atuendo, su sombrero, en regular estado, le daban la apariencia de un hombre consagrado de ordinario a trabajos de contabilidad o a cualquier otra tarea ingrata y mal retribuida.

Y he aquí que de repente, erguido ante los jueces, pronunciaba estas graves palabras: «Lord Rochester es inocente. Lo probaré dentro de tres días».

Se acercó al tribunal y dijo:

—Suplico al señor presidente que me conceda una breve audiencia: cinco minutos a lo sumo, y el proceso tomará un giro completamente nuevo.

—Pero tenga en cuenta, señor Sherlock Holmes, que el jurado ha pronunciado su veredicto y que, en rigor, la sentencia está ya dictada. No podemos violar la ley.

—Nada de eso, señoría; está consignado en la ley inglesa que el juez, o cualquier otro tribunal, puede estar completamente de acuerdo sobre la inocencia o la culpabilidad de un acusado, pero que el juicio queda sin valor en tanto que la sentencia no ha sido pronunciada formalmente.

El presidente abrió un código y lo hojeó; luego, hizo señal de que iba a hablar. Se levantó y golpeó tres veces con su martillo sobre la mesa.

—Queda suspendida la audiencia durante un cuarto de hora. Señor Holmes, tenga la bondad de seguirme a mi despacho.

Mientras se retiraban, el abogado de lord Rochester se acercó a su cliente y le preguntó:

—¿Por qué, milord, no me ha dicho que Sherlock Holmes se ocupaba de este asunto? Habría podido ponerme en contacto con el célebre detective y entre los dos...

—Le aseguro, señor Sullivan, que yo no me he dirigido a Sherlock Holmes, y que nada he hecho para llamar su atención sobre mi caso. Estaba persuadido de que sería probada mi inocencia.

—¿De modo que Sherlock Holmes se ha interesado en la causa por su propia iniciativa? —preguntó el señor Sullivan—. Entonces esto quiere decir que esta causa tan especial lo ha impulsado a socorrerlo, milord. Le felicito por tenerlo como aliado...

El lord se encogió de hombros y respondió con tono tranquilo:

—Tengo por aliada la inocencia, lo cual es mucho mejor.

—No siempre, querido amigo; la inocencia a menudo se parece al sol, que no siempre tiene fuerza para atravesar las nubes, mientras que Sherlock Holmes es el rayo que las desgarrar.

Al cabo de diez minutos el presidente reapareció. Detrás de él se destacaba la elevada y esbelta figura de Sherlock Holmes. Una sonrisa se dibujaba en sus labios.

Con tres martillazos reclamó el presidente el silencio de la sala.

—En virtud del poder que la ley me confiere —dijo—, aplazo tres días el pronunciamiento de la sentencia. Dentro de setenta y dos horas, el tribunal volverá a reunirse en esta sala y hará público su veredicto definitivo sobre lord Rochester. Hasta entonces, dejo en libertad al lord bajo la fianza de diez mil libras esterlinas, así como bajo su palabra de honor de que no saldrá de Londres. ¿Se compromete lord Rochester formalmente, bajo palabra de honor, a volver a presentarse aquí ante los jueces dentro de setenta y dos horas justas? Salga, milord, del banco de los acusados y colóquese frente a mí.

El lord abandonó lentamente su banco y, cuando estuvo ante el presidente, declamó:

—Doy mi palabra de gentilhombre de comparecer de nuevo ante los jueces dentro de setenta y dos horas a fin de oír pronunciar mi sentencia.



—Queda aplazada la audiencia —declaró el presidente—. Hagan evacuar la sala. Milord, puede retirarse.

No habría pluma capaz de describir la estupefacción del público ante el giro que tan repentinamente había tomado el proceso.

Jamás se había dado un hecho semejante en la historia de la justicia inglesa.

¿Qué podría haber comunicado Sherlock Holmes al juez supremo de Londres y qué prueba en pro de la inocencia del acusado había podido aducir?

La vasta sala de la vista se desocupó lentamente. Pero los murmullos y los rumores de la multitud se prolongaron en los pasillos

y en la calle. La sobreexcitación que se había apoderado de todo Londres estalló con mucha mayor fuerza cuando, dos horas más tarde, los muchachos recorrieron las calles voceando las últimas ediciones del *Times*, del *Daily Mail*, de la *Pall Mall Gazette* y de muchos otros periódicos.

«¡Un hecho único en los anales de la magistratura inglesa! ¡El juicio suspendido! ¡Sherlock Holmes, el célebre detective, se compromete a probar la inocencia de lord Rochester dentro de tres días! ¡Compren, compren! ¡Pidan la última hazaña de Sherlock Holmes!»

EL HOMBRE NEGRO

Un cuarto de hora más tarde, Sherlock Holmes y lord William Rochester se encontraban en un carruaje y se trasladaban a la morada de este, situada en el West End, el barrio más elegante de Londres.

El joven aristócrata estrechó afectuosamente las delgadas manos del detective y su voz se elevó entusiasta.

—¿Es a usted, señor Holmes, a quien debo el hecho de que aún no haya sido condenado? Tengo tres días ante mí para probar mi inocencia, pero dudo de que pueda conseguirlo. No obstante, señor Holmes, esté seguro de que le guardaré un reconocimiento eterno.

El detective se contentó con responder a estas palabras con un ligero movimiento de cabeza. Sus ojos grises, resplandecientes de inteligencia, se fijaron en el rostro del lord.

—Ahora estamos solos —dijo—. Lord Rochester, conteste simplemente sí o no. ¿Es usted culpable o inocente? La confesión quedará sepultada en mí como en una tumba.

—Soy inocente, lo juro —respondió William—. No he raptado a la señorita Elisabeth Aberdeen.

—¿No sabe tampoco qué ha sido de esa joven?

—No lo sé, soy por completo ajeno a este asunto.

Sherlock Holmes estrechó las manos del joven aristócrata y le dijo con voz afectuosa:

—Lo creo, milord; además, sabía de antemano que me daría esta respuesta, pues es usted inocente.

—¿Cómo? ¿De tal manera está usted persuadido de mi inocencia?

—¿Cree que, si no fuera así, habría tomado partido en su favor, que habría arriesgado mi reputación y me habría comprometido a probar su inocencia dentro de tres días? Se lo repito —continuó el detective—: usted no puede haber cometido ese crimen.

—Entonces, le pido que me diga qué es lo que puede hacerle hablar así. ¿Quién le ha dado la prueba de ello?

—El deshollinador —respondió Sherlock Holmes tan tranquilamente como si se tratara de la cosa más sencilla del mundo.

—¿Cómo el deshollinador? Disculpe, señor Sherlock Holmes, pero en estos últimos tiempos todo me ha trastornado de tal modo que temo por mi razón. No consigo entender lo que quiere decir con estas palabras. Acaba de afirmar que el deshollinador le ha dado la prueba de mi inocencia. ¿Tal vez lo he comprendido mal?

—En efecto —respondió Sherlock Holmes—; me refiero al deshollinador que estaba en el tejado de su casa el día 7 de mayo para deshollar la chimenea.

—Habla en enigma.

—Me parece que me explico con claridad. Le he indicado muy exactamente al hombre que me ha hecho creer en su inocencia, milord, y estoy persuadido de que se han dirigido adrede

contra usted las sospechas. Desgraciadamente, yo estaba ausente de Londres cuando se perpetró del crimen. En aquel momento me hallaba en América, donde tenía que aclarar un asunto muy misterioso. Regresé a Londres hace tres días y leí en los periódicos que iba a comparecer usted ante los tribunales para responder del rapto y de la desaparición de la señorita Elisabeth Aberdeen. Todos los detalles de que hablaba la prensa me sugirieron la idea de interesarme por el asunto y de ocuparme de él.

—¿Pero cómo?, ¿sin haber recibido orden de nadie?

—Precisamente porque estos son mis asuntos favoritos, aquellos de los que me ocupo por «diletantismo» —respondió Sherlock Holmes—. Voy a referirle lo que hasta aquí he hecho por este en concreto. He observado que, según los periódicos, la principal prueba presentada contra usted era el descubrimiento de los efectos de la joven en la chimenea de su dormitorio. Me trasladé, pues, inmediatamente, a fin de examinar el lugar, a su casa de Hill Street, una casa muy elegante, diría, habitada solamente por cuatro familias. En el entresuelo, la señorita Somersent, la conocidísima actriz; en el primero, el corredor Abel, un alemán emigrado; el segundo piso está ocupado por el mayor Humphry y su familia; y la habitación situada en el tercero es la de usted. Encontré al portero en el piso bajo. Me presenté a él como policía y le dije que estaba encargado por el tribunal de inspeccionar los lugares. El bueno del irlandés me condujo al tercer piso, abrió la puerta, según yo deseaba, y me dejó solo en su habitación durante una hora.

—¿Y qué descubrió usted en ella? —preguntó el lord con ansiedad.

—Voy a explicárselo inmediatamente en el mismo lugar, pues nuestro coche se detiene. Hemos llegado ya.

Después de decir esto, Sherlock Holmes cerró las portezuelas del coche. El lord lo siguió y comenzó a subir los peldaños de la escalera para estupefacción del portero, un pobre diablo irlandés de cabellos rojos, que, al creer que el joven estaba en la cárcel, no volvía de su asombro al verlo allí.

—¿Han sido despedidos todos sus criados, milord, durante su prisión? —preguntó Sherlock Holmes.

—Solo tenía un criado —repuso lord Rochester sonriendo—; en estos últimos tiempos mi situación no era de las más brillantes, y hasta que se me ponga en posesión de mi herencia, la cual no percibiré hasta dentro de un año, me veo obligado a limitar un poco los gastos.

—Una virtud que rara vez se encuentra entre los jóvenes hijos de familia —dijo el detective un poco burlón— y que usted no practica desde hace mucho tiempo; de no ser así no habría caído en las redes de Phineas Aberdeen, que no es, dicho sea entre nosotros, más que un abominable usurero.

—Sí, respondí por algunos amigos y me vi obligado a recurrir al señor Aberdeen —añadió William.

Mientras así hablaban, los dos hombres habían entrado en la casa y Sherlock Holmes se había dirigido hacia el dormitorio.

Todo estaba como el lord lo había dejado en el momento de su arresto.

Un gran lecho de madera tallada, que se alzaba en medio de la pieza, y una elevada chimenea de mármol, sobre la cual se veía un hermoso reloj y una multitud de bibelots, atraían inmediatamente la atención de los visitantes.

—¡Diablos! No debíamos haber dejado marchar al irlandés —dijo Sherlock Holmes—, tengo algunas preguntas que hacerle.

—Voy a mandarle subir inmediatamente —replicó el lord—; hay aquí un timbre eléctrico que comunica con su garita.

A estas palabras, William Rochester apretó un botón adosado a la pared.

El señor MacDuff, que ejercía el oficio de zapatero y se hallaba a la sazón trabajando, apareció a los pocos momentos con un delantal verde y la camisa remangada hasta los codos.

—MacDuff —le dijo lord William Rochester—, el señor desea hacerle algunas preguntas. Responda tan exactamente como sea posible.

—Si no me engaño, ya he visto al señor. ¿No pertenece a la Policía?

—En algún modo... —respondió Sherlock Holmes sonriendo—. Pero dígame, señor MacDuff, ¿en qué fecha se encontraba en la casa el deshollinador la última vez que trabajó aquí?

—Creo haber respondido ya a esta pregunta cuando el señor hizo que le abriera la casa. Era el 7 de mayo.

—¿Qué hora era cuando comenzó a trabajar?

—Debían de ser las seis de la tarde.

—¿No le parece extraña, señor MacDuff, la hora escogida para trabajar? Generalmente, esos hombres vienen más bien por la mañana y no se entregan jamás a su ocupación en el momento en que el fuego suele estar encendido en todas las casas.

—También a mí me contrarió el que viniese con tanta inoportunidad aquel diablo negro —contestó MacDuff—; tanto me molestó que mandé decir a su jefe que no volvería a encargarle más trabajo si me enviaba sus operarios a horas tan poco convenientes.

—¡Ah! ¿Conque no era el mismo dueño, sino un operario suyo?

—Sí, su operario, y, por cierto, uno nuevo, que no había trabajado jamás en esta casa.

—¡Ah, un obrero nuevo! ¿Está seguro de que era un obrero nuevo? Supongo que habría seguramente reconocido al antiguo.

—Claro. Precisamente el que acostumbraba a venir hasta entonces no se marchaba nunca sin pasar un rato conmigo, bebiendo unas copas de whisky, cuando había terminado su tarea. Además, al antiguo le entregaba siempre la llave del desván; él sabía cómo había de llegar al tejado y reconocer los orificios de cada chimenea, mientras que al nuevo tuve que acompañarlo hasta arriba.

—¿Recuerda si aquel obrero llevaba algo en la mano en aquel momento?

—Pues sí; todo lo necesario para trabajar, la escala, la escoba y la bola... Ya saben que se hace descender la bola por la chimenea a fin de abrir paso.

—Aparte de esos instrumentos, ¿no llevaba otra cosa? ¿Un paquete, por ejemplo?

MacDuff movió negativamente la cabeza después de un breve momento de vacilación.

—Escala, escoba, bola —murmuró Sherlock Holmes, mientras meditaba acariciándose la barba con la mano—, eso bastaría... La bola, sobre todo, se presta a sospechas... Sí, sería posible... ¿Permaneció, señor MacDuff, cerca del hombre mientras duró el trabajo?

—¡Oh, no! Yo no puedo abandonar mi sitio por tanto tiempo. Para vigilar la casa se me concede habitación gratuita en los sótanos y, de vez en cuando, recibo propinas de los inquilinos; pero, no bastándome esto, me veo obligado a subvenir a mis necesidades mediante mi oficio de zapatero.

—Evidentemente —dijo Sherlock Holmes—, hoy es muy difícil para todos arreglárselas cuando se carece de fortuna. ¿Dejó, pues, solo al obrero?

—Sí, eso es lo que hice después de haberle recomendado bien que me devolviese la llave en cuanto hubiera terminado su tarea.

—¿Quiere tener la bondad, señor MacDuff, de acompañarme de nuevo al tejado?

—¡Al tejado! ¡Bien meticulosos son estos señores de la Policía! ¿Qué quiere ver? ¿Cree acaso que la joven raptada está allí? En ese caso, le doy mi palabra de honor de que no está...

Sherlock Holmes rio.

—Aguárdeme usted aquí tranquilamente —dijo dirigiéndose al joven lord—; fume un cigarrillo mientras tanto.

Sherlock Holmes, acompañado del portero, desapareció. Algunos minutos después, MacDuff reapareció en casa del lord.

—¿Dónde está el hombre que ha subido con usted? —preguntó William.

—Ha querido a toda costa quedarse solo —respondió el portero—. Me ha despedido diciéndome que le aguardase aquí.

Al cabo de un momento de silencio, MacDuff añadió repentinamente:

—Milord, ese caballero es un hombre bien extraño. Cuando mira a uno con sus ojos grises y penetrantes, parece como si quisiera traspasarle el alma. ¿Es amigo suyo? ¿Tiene buenas intenciones con respecto a usted?

—Yo creo que me aprecia mucho —replicó el lord.

—Pero ¿qué es eso? —exclamó de pronto MacDuff espantado, mirando fijamente y con estupefacción hacia la chimenea—. ¿Ha oído usted, milord? Se diría que hay ratas en la chimenea. Ahí es donde se encontraron los efectos de la joven desaparecida.

Cierto es que soy irlandés y todos nosotros somos supersticiosos. Pero... y si la joven hubiera sido asesinada y... acaso el espíritu de la víctima...

—Déjeme tranquilo con sus cuentos, MacDuff —dijo con viveza lord Rochester interrumpiendo las suposiciones del portero—. Ignoro lo que ha sido de la señorita Elisabeth Aberdeen, pero, si realmente ha muerto, que su alma tenga a bien escoger otra chimenea distinta de la mía para manifestar su presencia en este mundo. ¡Ah, he aquí al señor Holmes...! ¿Cómo? ¿Sin paletó? ¿Se lo ha olvidado en el tejado? Recuerdo que lo llevaba cuando...

—Mi gabán está en la chimenea —contestó el detective—. Señor MacDuff, podría retirar el paquete que he hecho con la prenda y que he introducido con fuerza en el tubo gracias a la ayuda de una barra que he encontrado en el tejado. Se ensuciará un poco las manos, pero no puede eso importar gran cosa a un enérgico zapatero como usted.

MacDuff sacudió la cabeza y se arrodilló. No parecía tenerlas todas consigo: temía indudablemente el contacto de la chimenea maldita.

Se remangó la camisa hasta el hombro e introdujo el brazo en el tubo.

—Bien, no tiene más que tirar —dijo Sherlock Holmes—, ¿no ha tropezado con nada?

—Sí, sí —balbuceó el portero—, con un paquete... ¡Por san Patricio! De la misma manera el policía retiró el que contenía los vestidos, el calzado y las medias de la señorita Aberdeen.

—Así, milord —dijo sonriendo Sherlock Holmes—, la analogía salta incluso a la vista de un zapatero de alma sencilla, y de momento constituye la única prueba que poseo de su inocencia. Así he comprobado —continuó el detective en voz más alta— que

no fue usted quien ocultó los efectos de la señorita Aberdeen en este sitio, sino otro, que, con una intención criminal, los empujó con violencia hacia la chimenea.

—Pero ¿quién habría podido cometer acción semejante? —exclamó lord William, fuera de sí y rojo de cólera.

—¿Quién? ¡Pues el deshollinador!

—¡Pero Dios mío! Si yo no conozco absolutamente a ese deshollinador... Jamás le he hecho daño alguno; ¿qué razón había de tener para jugármela?

—Una razón muy lógica. El deshollinador no era un verdadero deshollinador; era un cómplice del que ha hecho desaparecer a la señorita Elisabeth Aberdeen. Mi tarea consiste ahora en buscarlo y, como el plazo de setenta y dos horas que se me ha concedido es corto para encontrar a un deshollinador en este gran Londres, acaso en toda Inglaterra y quizás hasta en Europa, deploro vivamente no poder disfrutar por más tiempo de la agradable compañía de usted. Por el momento, me despido. Hasta luego.

LA OREJA ENSANGRENTADA

—Siempre es delicado —decía la misma tarde Sherlock Holmes a su segundo, que era al mismo tiempo su discípulo— ocuparse de un asunto en el que no se ha intervenido desde el principio. Cada día ha ido cayendo una nueva capa de nieve sobre las pistas, las huellas se han borrado y es preciso trabajar lo increíble para llegar a orientarse. —Después de un breve momento de silencio, añadió—: Acércame mi pipa, Harry. Ya sabes que me acuden mejor las ideas cuando veo escaparse el humo en azuladas espirales. Así,